

La nodriza africana en la poesía colonial cubana

Jorge Camacho

Profesor

*Universidad de Carolina del Sur, Columbia
Cubano. Residente en Estados Unidos*

Durante todo el siglo XIX, la población de Cuba tuvo que sufrir numerosas enfermedades y epidemias. Dos de las más importantes fueron el brote de viruela de 1803 y los sucesivos brotes del cólera asiático en 1833, 1850 y 1856. Estas enfermedades provocaron miles de muertos y en 1803, el saldo de fallecidos hubiera sido mucho mayor si los médicos no hubieran llevado a cabo una intensa campaña de vacunación para contener la viruela a tiempo. El responsable de tal empresa fue Tomás Romay, quien en su *Memoria sobre la introducción y progresos de la vacuna en la Isla de Cuba* (1813) cuenta que fue introducida en Cuba el 10 de febrero de 1804 por María Bustamante. Este la trajo de Puerto Rico inoculada en un hijo y dos criadas mulatas, a quienes Tomás Romay sacó el pus para preparar las inyecciones que evitaron muchas más muertes. Al inicio, sin embargo, la población se resistía a creer en la efectividad de la vacuna y por esto, una de las tretas de las

que se valieron los doctores para convencer a la población fue inoculando cuatro niños que “se alimentaron hasta doce días con la leche de sus nodrizas cubiertas de viruelas, sin experimentar la más leve infección [...] Estos niños mamaron en la leche una gran cantidad de ese virus, comprimían todo su cuerpo con las pústulas supuradas, y existieron mucho tiempo dentro de una atmósfera contagiada: de suerte que interior y exteriormente fueron atacados sin efecto.”¹

Sabemos por Romay que tal procedimiento fue exitoso porque la vacuna logró rápida aceptación en la Isla, donde solamente ese año se inhumaron en el Cementerio de los Capuchinos 800 cadáveres de niños virulentos. Además de los aspectos repulsivos que una descripción como ésta pueden provocar en el espectador y el lector, lo que falta en la *Memoria* de Romay, es la identidad de estas nodrizas, que tendían a ser negras esclavas o libertas. De modo que debemos tomar esta anécdota, tan reveladora de la forma de pen-



Nodriza africana. Cuadro de José María Romero

sar de la época, como punto de partida para entender el interés desde principios del siglo XIX por la higiene, el descubrimiento de

nuevas tecnologías capaces de combatir dentro del cuerpo los gérmenes que lo atacaban y las preocupaciones con las enfermedades

que se transmitían a través de los diversos fluidos del cuerpo y provocaban hasta la muerte por el “vómito negro” o la viruela.

Esta obsesión con las enfermedades que se brincaban los límites sociales y biológicos, en una sociedad que dependía precisamente de estos límites para sobrevivir, contribuyó a que se extendiera la creencia de que a leche materna podía ser tan beneficiosa como perjudicial para la salud del niño. Beneficiosa si venía de un cuerpo sano y robusto, pero perjudicial si provenía de uno enfermo, aquejado por trastornos mentales o psicológicos.

En este ensayo analizaré la representación de la nodriza africana en los poemas de José María de Cárdenas, José Padrínes y Juan Clemente Zenea, escritores que se nuclearon alrededor del grupo del montino y la revista *El Artista*, que en 1849, bajo los auspicios de la sección de literatura del Liceo Artístico y Literario de La Habana, convocó a un premio especial con el tema “La lactancia.”

Este liceo fue una de las primeras instituciones letradas en Cuba. Impartía clases de literatura, lenguas extranjeras y varias asignaturas de ciencias. Se designaron como jurados del concurso a médicos y científicos reconocidos: Anastasio Valdés, Julio Jacinto Le Riverend, Nicolás Gutiérrez, Felipe Poey, Wenceslao Villa-Urrutia y Cayetano Aguilera. En las indicaciones de los ensayos que debían mandarse, el anuncio precisaba que, “sentado el principio de que la lactancia maternal es la más conveniente, determinar los casos en que debe suspenderse, y demostrar si en ellos será preferible la lactancia artificial, a la de una nodriza extraña, teniendo en consideración las que comúnmente se emplean entre nosotros.”²

Por “nodriza extraña” los organizadores se referían lógicamente a la esclava que amamantaba a los hijos de los hacendados. Basta

leer los anuncios en el *Diario de la Habana* durante el mes de enero del año anterior a la convocatoria del premio. Estos muestran la forma brutal en que se disponía de las nodrizas y lo frecuente que se anunciaban en el periódico.

El 6 de enero de 1848 se anuncia “una mulata de dos meses y medio de parida, sin cría, de buena y abundante leche [...] sumamente dócil”.³ El 11 y el 13 se ofrece el alquiler de otra negra criandera, “con su cría de tres meses de parida, con buena y abundante leche, por media onza mensual”.⁴ El 21 salió el anuncio de una negra de un mes de parida, “con su cría varón, [y] muy abundante de leche”,⁵ y el 29 otro en que se vende o se alquila una “negra joven, parida de 40 días, de buena presencia, sana y sin tacha” con una niña hembra.⁶

Estos anuncios son una pequeña muestra del intenso tráfico de mujeres recién paridas, que los dueños de esclavos no tenían inconveniente en alquilar o vender con hijos o sin hijos para que la leche estuviera “abundante” y disponible a los niños blancos. Esta práctica tan despiadada, típica del sistema esclavista, tampoco estaba exenta de contratiempos, ya que al juzgar por el mismo anuncio que publicó la sección de literatura del Liceo Artístico y Literario de La Habana, esta práctica suscitaba ya una serie de críticas entre los letrados, no tanto por el comercio ni por la condición en que quedaban las nodrizas o sus hijos, sino por las repercusiones que tenía para la población blanca infantil de Cuba. ¿Por qué las señoras blancas y de dinero recurrián a una nodriza, cuando ellas mismas podían alimentar a sus hijos? ¿Cuándo debía suspenderse la “lactancia maternal”? ¿Bajo qué condiciones era propicia? La encuesta buscaba responder estas

y otras preguntas y Justino Valdés Castro, un doctor de La Habana, ganó ese año el concurso.

Según Valdés Castro, las mujeres podían tener varios motivos físicos o mentales para no amamantar a sus hijos. Las mujeres blancas podían tener dificultades con las mamas, el sistema linfático, “el sistema nervioso” e incluso con “las pasiones desarregladas.” Todo esto podía influir en su constitución.⁷ En caso de que la salud del niño se afectara de inicio por una madre “viciosa” o con trastornos como los que enumera Valdés, se recomendaba entonces una nodriza “sana y vigorosa” en su lugar. También se recomendaba mantener la higiene y que el muchacho fuera al campo a mejorar.⁸ La otra opción era la “lactancia artificial,” que según Valdés traía innumerables enfermedades para el niño, entre ellas vermes intestinales, escrófulas y problemas con el sistema linfático. Por “lactancia artificial” se entendía la de los animales y sobre ésta Valdés presaba que debía evitarse o tomarse con ciertas precauciones: “Véase con qué facilidad un desgraciado prójimo a perecer de consunción, soporta la leche que él mismo va a mamar a los pies del animal”.⁹

Como explica Ramón de La Sagra en *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, las madres que no podían o no querían amamantar a sus hijos recurrián a la leche de cabra y estos la tomaban directamente de las ubres del animal. Muchas madres, sin embargo, lo hacían porque les “repugnan confiar [sus hijos] a las nodrizas negras”.¹⁰

Así y todo, uno de los pocos retratos de esclavos que hay en Cuba muestra una nodriza esclava con un niño y un carnerito: *Retrato de José Manuel Ximeno con su criada*

negra y un carnerito, del pintor español José María Romero.

Valdés afirmaba que la leche materna era la mejor, pero en caso de no poderse encontrar una nodriza, ya sea porque no había o la mujer era muy pobre para costearla, entonces, y únicamente entonces, se recomendaba la leche de burra (la más análoga a la de la mujer, según cree) y siempre “cáliente, acabada de extraer (sic)”.¹¹ En Cuba se prefieren las cabras por su docilidad y la “conformación de los pezones de estos animales”.¹² Si la leche se enfriaba perdía su valor nutritivo. La leche es un organismo vivo y así debe tomarse. Si se recurriera a la leche de la cabra, por ser ésta tan espesa, entonces debía mezclársele con agua al menos en los dos primeros meses de la vida del niño. En algunos casos podían conseguirse “cabras nuevas” paridas recientemente, y cuya nutrición fuera exclusivamente de vegetales acuosos o yerbas frescas, “susceptibles de dar una leche más tenue y menos rica en materias alibiles que las que segregan estos animales cuando son más viejos”.¹³

Todo esto nos indica que, para la medicina de la época, había una escala de prioridades, a la cual se podía acceder si se tenía suficiente dinero y lo que primaba era la salud del niño y de la madre blanca. El cuerpo del esclavo, que se confunde con el del animal, es valorado únicamente por lo que puede proveerle al dueño. Se enfatiza también que las mujeres blancas, a menos que tuvieran algún tipo de enfermedad, no debían entregar sus hijos a una esclava. Y los escritores cubanos que hablan de este asunto lo harán partiendo de esta base. Las criticarán en cuanto, siendo sanas y fuertes, prefieren dejar que una esclava los cuide para tener tiempo de disfrutar las fiestas y otras diversiones.

En la literatura científica del siglo XIX de Europa y Norteamérica, la lactancia aparece insistentemente y se afirma que la leche variaba cuando una mujer sufría de trastornos mentales severos, en cuyo caso la leche mostraba un cambio en su consistencia. La *Memoria* de Valdés Castro se apoya directamente en la medicina francesa y en especial, en las indicaciones de Ratier, cuyo trabajo era muy popular. En *Abandoned children: foundlings and child welfare in nineteenth-century France*, Rachel Ginnis Fuchs explica como en Francia se administraba la leche en biberones a los niños abandonados entre 1830 y 1840. Las autoridades tenían que depender de escasas “*nourices sendentarias*” para amamantarlos. Incluso cuando era muy difícil encontrar nodrizas, la administración del auspicio se negaba a contratar a madres que no se hubieran casado, “porque creían que la ‘inmoralidad’ de estas mujeres se transmitiría a los niños abandonados a través de la leche materna.”¹⁴ La situación empeoraba porque se creía que muchos niños estaban contagiados con sífilis y podían transmitirla a las nodrizas, a través del contacto con sus senos, y estas a sus esposos. En tales casos se sugerían cabras, que no establecían ninguna relación maternal con el niño ni trasmítian ninguno de los vicios sociales.¹⁵

Algo similar sucedía también en España y fue tema de discusión en la poesía de Manuel Bretón de los Herreros (1796-1873). Pero a diferencia de Cuba, las nodrizas no eran esclavas y los médicos y escritores no pensaban en los males que ellas podían sufrir, sino los que ellas podían causar a los niños. De ahí que la discusión se centrara en lo peligroso que podía venir de la leche de una mujer afectada por problemas morales o psicológicos y los tremendos traumas que causa la esclavitud. Como apuntaba José Varela

de Montes en *Ensayo de antropología ó sea Historia fisiológica del hombre* (1844-1845), que según el historiador cubano del siglo XIX Jacobo de la Pezuela se leía en la Facultad de Medicina de La Habana en 1862, estos factores podían influir en el desarrollo de los niños. Varela de Montes apuntaba que “la lactancia influye tanto en el carácter físico del hombre como en su carácter moral, porque heredamos, dice Le Camus, los vicios y virtudes de nuestros padres, su espíritu y sus inclinaciones”.¹⁶ Si tal era el caso, ¿cómo quedaban entonces los hijos blancos de familias adineradas que eran amamantados por las esclavas?

En 1848, la revista *El Artista* reprodujo un poema de Bretón de los Herreros y un artículo sobre las nodrizas que ya habían aparecido en un libro sobre los “tipos españoles” de la época. En ambos textos Bretón de los Herreros critica las madres que, ya sea porque trataban de escapar del trabajo físico o preferían pasar el tiempo en fiestas y otras diversiones, dejaban la lactancia a otras mujeres.¹⁷ Esta crítica reaparecerá en Juan Clemente Zenea e indirectamente en el poema de Cárdenas y Rodríguez publicado en la misma revista, que abrió en Cuba el ciclo de la literatura sobre el tema.

El poema de Cárdenas y Rodríguez debe leerse como una crítica al sistema esclavista y un reconocimiento de los vínculos familiares que se establecían entre los niños blancos y las “madres de leche,” ya que se entendía que, al servir de nodriza a un niño o una niña blanca, estos quedaban en deuda con la vieja esclava o como testigos del desmembramiento familiar que sufrián los africanos traídos a Cuba. Este poema se publicó en *El Artista* el mismo año en que vio la luz el poema de Bretón de los Herreros. Cárdenas y Rodríguez les recuerda a los niños blancos lo que

le debían a sus amas de leche. A tal efecto recurre a una especie de ventriloquia, al hablar como si fuera la misma esclava y llega incluso a poner en sus labios un agradecimiento a Dios, ya que gracias *Al influjo benigno / De sus secretos arcanos / Trájome a climas lejanos / a ser tu madre de amor.*¹⁸

Cárdenas y Rodríguez no encuentra un motivo mejor para que la hayan traído del África como esclava y sufriendo todas las torturas de un sistema tan oprobioso, que servir de ama de leche a un niño blanco. Es el discurso de la providencia, que trae a Dios y la civilización a la vida de los africanos, que los salva de una vida peor en África viiniendo a Cuba a servir a los blancos. No es de extrañar en el contexto histórico político en que se publica este poema, cuatro años después de la represión que se desató por la Conspiración de la Escalera (1844). Esto explica por qué en ningún momento se habla aquí de su condición o de los hijos que debió seguramente abandonar o perdió para poder amamantar al hijo del amo. Solo se destaca la supuesta devoción, el “amor”, con que la nodriza africana cumple su tarea, pidiéndole al “niño” únicamente al final del poema que, cuando crezca, */No olvides, oh niño, no, / que sobre mi pecho un día / Probaste en muy dulces calmas, / que hay también sensibles almas / En donde es ingrato el sol!*¹⁹

En este poema, lo que busca el autor es crear una empatía emocional con el lector para que este reconozca lo que le debe a la nodriza y actúe con piedad y respeto hacia ella cuando crezca. No aboga por el fin de la esclavitud ni de la trata, sino por mejor trato para los esclavos y un modelo de virtud civil y moral que debían seguir los niños blancos y las mujeres jóvenes. Esta forma de activismo social a través de la literatura —ya sea utilizando la voz de la víctima (el

esclavo) para convencer al lector o hablando en primera persona como si fuera un “testigo” de una escena tan cruenta— se repetirá en las novelas críticas de la esclavitud, en la crónica de José Martí sobre la “funesta orden de africanos”, en las canciones de cuna de principios del siglo XX (donde casi siempre es una mujer negra la que habla) o en la narración de Miguel Barnet *Biografía de un cimarrón* (1966).

Son estrategias discursivas que se destacan por el grado de intimidad del discurso y el apego tanto físico como emocional entre la voz poética y el sujeto-victima de quien se habla. Se dirigían a un público blanco letrado, que después del “año del cuero” no podía ver sino con mucho cuidado cualquier referencia a la esclavitud. Lógicamente, cada una de estas narraciones tiene su propia agenda política y no puede confundirse con los deseos y aspiraciones de los negros. Por eso, a pesar de sus limitaciones, hay que reconocer la valentía de Cárdenas y Rodríguez al publicar este poema y en general, la valentía de los editores de *El Artista*, que tenía como secretario del liceo nada menos que a Cirilo Villaverde y reunía otros escritores tan importante como José Victoriano Betancourt y Ramón de Palma.

Al igual Cárdenas y Rodríguez, el poeta José Padrínes regresará más tarde sobre el mismo tema, pero esta vez la conversación no se establece entre el ama de leche y el niño blanco, sino entre el amante y la novia, quien reprocha que él tuviera otra mujer. El poema se titula *La rival imaginaria*, imaginaria porque el poeta niega y afirma que en el pasado él se había enamorado de una mujer hermosa (la novia) que terminó siendo Lucifer. Esta mujer de “ojos divinales” le mostró en principio señales de tener un “corazón sencillo” y como él no buscaba ni ricos

vestidos ni plumajes ni perlas, se enamoró de ella. En otras palabras, el poeta afirma que estaba buscando el ideal de mujer del siglo XIX, “puro, ideal, inocente” con un “virtuoso ardor”, pero cuando llegó a conocer más de cerca a su amada, se horrorizó. Se había engañado con su belleza externa, sin reparar que detrás de aquel rostro había una mujer despiadada, cruel, que golpeaba a los esclavos hasta hacerlos sangrar, incluso a la hija de su nodriza:

No vi que érais rincillosa / Que os pagabais de oropel. / Que érais mudable, cruel, / Presumida y melindrosa. / Ni visto, en fin, os había / Ciega, iracunda, feroz / Descargando golpe atroz / En la cuitada María / Esclava, hija de aquella / Negra africana, que os dio / La leche que os denegó / Presumida madre bella. / Aun pienso estaros mirando / La faz terrible y airada / La vista desencajada / El látigo vil sonando / Aun miro la esclava allí / Ensangrentada y llorosa / Que huye trémula y medrosa / Vuestro ciego frenesi / ¿Y es aqu esto una mujer / Deidad del cielo bajada? / ¿O la imagen abreviada / De varonil Lucifer?²⁰

Este poema, que Villaverde citará más tarde en su famosa novela, representa una crítica a la violencia del sistema esclavista y lo hace de un modo similar a como lo expresa Francisco Manzano en su *Autobiografía*, recurriendo a la experiencia personal, aun si realmente nunca hubiera sido testigo de esta escena, para apelar al lector y comunicarle una práctica tan cruel en voz de testigo. Padrínes, un poeta de quien poco se sabe, apenas que era español y vivió en Matanzas, a juzgar por una de las cartas que le mandó desde esta ciudad a su amigo Domingo del Monte en 1836, agradeciéndole el envío de *El Artista* (una revista española con igual título que la cubana), le comunica que pensaba concluir una narración en ver-

sos, cuyo argumento tenía lugar en un ingenio. Una pareja de esclavos deciden casarse, pero con tan mala suerte que el mayoral se enamora de la esclava y después de negarse ella a tener relaciones sexuales, este le pide al esposo que la azote bárbaramente y ella muere mientras está recibiendo el castigo.²¹ El argumento, por supuesto, es reminiscente de la novela *El negro Francisco*, de Antonio Zambrana, que se publicará muchos años después, pero la filiación principal del poema de Padrínes parece ser la narración de Manzano, ya que también aquí aparece el tópico de la mujer demonio, dueña de esclavos y sin piedad. Esta es la imagen de la Marquesa de Prado Ameno en la *Autobiografía* (1835) de Manzano, quien escribió que le rompía “las narices como se tenía de costumbre casi diariamente”.²²

En ambas narraciones, el ama es la mujer despojada de sus virtudes virginales, de aquella especie de endiosamiento con que en el siglo XIX la representaba en el hogar junto a los hijos y el esposo. Ahora, en cambio, ella es la mujer que aparece revirtiendo el orden “natural” que acomodaba al matrimonio burgués, ya que asume la posición del “varón,” deja de amamantar a sus hijos y castiga a los esclavos con sadismo.

El poema de Padrínes es también importante en el sentido de que el ama aquí era hermana de leche de la esclava y por esta razón no muestra ningún agradecimiento hacia su “madre.” Representa una ruptura con la visión de la “familia” que enfatizaban los esclavistas, donde el amo era una especie de padre para los esclavos. Su falta de sensibilidad, que viene de la mano con su falta de agradecimiento, son consustanciales con su amor por los trajes, las fiestas y la despreocupación que muestran las madres adineradas con

sus hijos, ya que, como dice el poema, ésta, su “madre bella” le había “denegado” la leche.

En términos generales, su frivolidad viene junto con su falta de caridad. Su personalidad está construida para que contraste con la nodriza (pobre, negra y ajada por los años y el trabajo) y la imagen tradicional de la mujer como “deidad” del hogar, virtuosa, y amante del prójimo. Estos escritores acusan una virilización de la mujer bajo el sistema esclavista y esta deformación incluso aparece nada menos que en *Historia de la esclavitud*, de José Antonio Saco, quien apuntaba que en la antigüedad, aun contra los preceptos de la iglesia, los esclavistas abusaban de los esclavos y —citando a San Juan Crisóstomo— hubo mujeres, “tan crueles y bárbaras” que castigaban a los esclavos con látigos toda la noche, cuando lo mejor er, que usaran otros métodos más suaves, como las palabras, infundiéndoles temor, o caricias y beneficios: “ella es tu hermana, si es cristiana”.²³

Según Saco, todos los santos padres de la iglesia deploaban los vicios y defectos de la inmensa mayoría de los esclavos, pero se los imputaban a los amos, que nos les habían dado ninguna instrucción religiosa y los degradaban con su rigor.²⁴ Saco sigue las palabras de Crisóstomo, que parecen tener relevancia directa con la forma en que se aplica y se critica la esclavitud en Cuba, donde a principios del siglo XIX todavía la religión católica ejercía gran influencia. ¿Era compatible el fervor religioso ya no con la esclavitud, sino con el maltrato despiadado de los siervos? Para críticos del sistema, como el Padre Félix Varela, no lo era.

Sin embargo, a diferencia del tratamiento de la nodriza en los poemas de Cárdenas y Padrínes, el poema de Juan Clemente Zenea *El hijo del rico* descubre otra arista que más

tarde van a explotar Anselmo Suárez y Romero y el propio Villaverde.

El poema de Zenea es una especie de *bildungsroman* de la vida de un niño blanco, que crece en un hogar adinerado y pasa por una serie de calamidades que terminan condenándolo a la pobreza. Zenea empieza, como Bretón de los Herreros, enfatizando el comportamiento perverso de la madre, que lo abandona en los brazos de una nodriza negra y se va a gozar de los bailes y las fiestas. Ambos poetas entablan una especie de conversación con el infante e indirectamente con los lectores, que son testigos de tal abandono. Pero si Bretón de los Herreros se circunscribe a la niñez, Zenea sigue la trayectoria del niño hasta que es adulto y por ejemplo, después que abandona los brazos de la nodriza, los padres lo mandan al extranjero, donde se encuentra otra vez completamente solo. El resultado es que el muchacho regresa a Cuba y despilfarra la fortuna de sus padres en bailes, prostitutas y amoríos con mujeres casadas. Dice Zenea utilizando la forma directa: *Fuiste rico al nacer, y en ese instante / Tu madre te negó la miel del pecho / Por temor a que ajases su belleza / Te alejó de su lecho; / ¡Y no se ruboriza / Pensando que la ve naturaleza / Dar al hermoso infante / En una esclava torpe una nodriza! / Ella era joven, robusta y sana, / De tu mejor sustento / Sus blancas pomadas conservaba llenas, / Y pudo darte vida en tal momento / Si la voz del deber hubiese oído, / Y evitar la inhumana / Que el purísimo néctar contenido / Corriese venenoso entre sus venas.*²⁵

Bastan estos versos para entender por qué, para Zenea, el mal del niño comienza en la cuna, cuando es abandonado por la madre y dejado en los brazos de la esclava. La vida que pudo darle la madre (“miel del pecho”) se convierte en el “veneno” que corre ahora

por sus venas. Es, nuevamente, el temor a lo que la esclava podía transmitirle al niño a través de la leche, el temor a la clase des- protegida, violada y “adyecta,” como decía Suárez y Romero, que junto con el líquido que le daba la vida, iba transmitiéndole enseñanzas e historias “infandas”. Por eso, según Zenea, al crecer no había aprendido nada que pudiera “apartarlo del camino” e iba derecho “a un porvenir siniestro:” *¿Y qué aprender pudiera / El que tiene un esclavo por maestro? / Algún cuento de brujas que en la sombra / Cobre importancia en despreciable enredo; / Romances de maldad, leyenda infanda, / Cuyo relato asusta, / Y cuyo triste desenlace asombra; / Concepciones del miedo / En que alguno obedece y otro manda.*²⁶

Al leer estas líneas es difícil no reparar en la profunda abyección que transmiten. Es la abyección del sujeto blanco, que mira con total desprecio al esclavo y aquellos que tenían o no más dinero que él. Cree inadmisible, desde el punto de vista moral, que la mujer blanca rehúse amamantar al hijo y le dé ese trabajo a una esclava. No solo porque renunciaba con ello a su condición natural de mujer “sana”, lista para hacer lo que la naturaleza le había proveído, sino sobre todo porque junto con la leche viene una mala educación que lleva al niño directamente al fracaso.

Estos versos de Zenea muestran claramente el temor a la porosidad, a la breve proximidad que había entre el negro y el blanco en el sistema esclavista cubano. Muestran el temor al mundo que se desarrolla en las sombras, alejado de los ojos del amo, y que amenaza con subvertir el de los criollos. Para Zenea, a diferencia de Padrínes o Cárdenes Rodríguez, no hay nada que alabar en el acto de amamantar al pequeño. Ni siquiera la leche y mucho menos la educación que se

reducía a “algún cuento de brujas,” “romances de maldad y leyenda infanda”. Todas estas narraciones son, como dice sintéticamente, “concepciones del miedo” que engendraban su naturaleza y su estado servil. Ella es quien en lugar de proveer al niño con la vida (la leche), lo condena a la muerte o a la miseria, que en una sociedad esclavista, divida en ricos y pobres, blancos y negros, significaba lo mismo.

La maldición que vendría con la leche se manifestaría en sus comportamientos, en su lenguaje y conocimientos, y no por gusto, una larga tradición que va de Quintiliano a San Agustín conecta la leche materna con el idioma y la fe.²⁶ Tal vez Zenea quien era amigo de Nicolás Azcárate, estuviera pensando en la *Autobiografía* de Manzano, donde el temor a los cuentos de aparecidos es tan recurrente y, según la mentalidad ilustrada y científica, eran un síntoma de superstición, incultura y deterioro de la sociedad. Son cuentos de brujas, fantasmas y demonios que bien podrían haber sido mezcla de los cuentos africanos y de la tradición española medieval que criticaron, a finales del XVIII y principios del XIX, pintores como Francisco Goya en sus “caprichos” y escritores como Leandro Fernández de Moratín en *Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño*.

Aun así, en el poema citado, estas leyendas “infandas” aparecen como algo particular de los negros: sus “supersticiones,” y no como un rasgo más de la cultura española o criolla. En *Cecilia Valdés* Villaverde haría lo mismo, cuando habla de la abuela de Cecilia y su cuento de aparecido o del criado de la esposa de Don Tomás de Montes de Oca, de quien afirma que “casi siempre le llenaba la cabeza de un centón de cuentos de brujas”.²⁷

En todo caso la palabra, como la leche de la nodriza, se mete en el cuerpo del niño,

envenenándolo. ¿Podía ser de otra forma para una sociedad que veía con terror la posibilidad de ser engullida por una revuelta de esclavos similar a la de Santo Domingo?

El objetivo es criticar la influencia malsana que tenían los esclavos en la vida de los blancos, en las mujeres y en especial, en los “niños,” que al convivir con ellos se convertían en las víctimas de su ignorancia y de sus miedos. Aquella generación veía con horror la proximidad de los africanos, su influencia en todos los ámbitos sociales y por eso se dedicó a criticar el sistema. No obstante, no debe confundirse la crítica a la esclavitud y a la trata negrera con el deseo de emancipación de los esclavos ni mucho menos con la validación de su cultura, ya sea la que habían traído del África o la que forjaron en los intensos cruce de los barracones o las ciudades. Lo que buscaban estos autores era reformar las costumbres de los blancos e inculcarles piedad a los dueños, haciendoles reconocer sus excesos, sus deudas morales y el mal que traían a todo el país el roce constante con una raza vilipendiada.

Esa ambigüedad entre criticar la esclavitud, abogar por la libertad de Manzano y al mismo tiempo limitar sus objetivos a una reforma del sistema se ilustran perfectamente con Domingo de Monte y el propio Saco, que unas veces se les tildaba de abolicionistas y otras de reformistas. Ambos se quejan de que los llamen de una forma u otra, pero lo cierto es que, en la *Historia de la esclavitud*, Saco parecería asumir esta misma ambigüedad en el capítulo sobre el papel de la iglesia y la actitud que adoptaron los Santos Padres ante la esclavitud, cuando pide que no se les juzgue por un siglo que es “abolicionista”. Porque aun cuando los Santos padres reconocieron que todos los hombres eran iguales, hechos a semejanza de Dios, no abogaron por

su liberación. Más bien se dedicaron a criticar el ocio y el lujo en que muchos de los señores esclavistas vivían. Estos Padres, dice Saco, se limitaban a pedirle a los amos que no trataran mal a sus esclavos —como San Agustín— ni como al caballo o al dinero, sino como a otro hombre, “como el padre a sus hijos y el marido a su mujer”.²⁸

Este parece ser el caso de algunas de las narraciones de este periodo. Suárez y Romero era dueño de ingenio, Villaverde apoyó por un tiempo la anexión de Cuba al Sur esclavista y Anselmo, a pesar de escribir un libro poderoso contra el sistema, no pierde tiempo en distanciarse de la cultura de los esclavos y tildarlos de “salvajes” y “bárbaros”. Basta citar un ejemplo: las nodrizas africanas. En su artículo *Vigilancia de las madres* se afirma que “la leche santa de sus madres no es la que siempre alimenta a los hijos [de Cuba] una nodriza adyecta nos da la suya [...] la palabra de aquella nodriza ignorante y corrompida es la que más escuchamos [...] ahí se nos inspiran las ideas erróneas; ahí brotan las pasiones bastardas, que afirmándose y creciendo después, convierten en inútil y vituperable nuestra vida; ahí se corrompe todo, hasta el habla castiza de nuestros mayores”.²⁹

Nuevamente la leche es más que un alimento. Al igual que en el poema de Zenea, es un cúmulo de aspiraciones y “pasiones bastardas” que le inculcan al niño. Se entiende entonces porqué el “hijo del rico” de Zenea no podía tener un final feliz ni dejar de expresar su temor por la enseñanza de las nodrizas y los esclavos. Como la “historia de la mulata” que aparece en las marquillas de tabaco de la época, aquel hijo nace condenado (por su madre) y muere pobre y solo. Tampoco resulta extraño que ninguno de estos poetas alabe o reconozca en la esclava un saber igual o supe-

rior al de los blancos. Ni siquiera Rodríguez, cuyo poema es realmente la obta de un blanco que intenta reproducir sus sentimientos, pero no las razones de la esclava en contra de la esclavitud o de la trata. Sin embargo, estos poetas sí exigen a sus lectores el reconocimiento de su trabajo y, por lo mismo, apelan a un sentimiento de deuda, agradecimiento e incluso de culpa por los servicios que recibieron.

A pesar de sus faltas u omisiones, debemos leer los poemas de Rodríguez y Padrínes como un argumento a favor de un trato más piadoso para las esclavas africanas y como recordatorio de las injusticias que cometían a diario los esclavistas en una sociedad donde imperaban la violencia y la discriminación.

Notas:

1. Romay, Tomás. *Memoria sobre la introducción y progresos de la vacuna en la Isla de Cuba*. (La Habana: Imprenta de la Capitanía general, 1805): 35.
2. Valdés Castro, Justino. *Memoria sobre la lactancia*. (La Habana, 1856): 1.
- 3 -9. *Diario de la Habana*. (Enero de 1848): 3, 3, 3, 4, 5, 5, 6
10. Sagra, Ramón de la, *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*. Vol. III. (Paris: Librería de Arthus Bertrand, 1845): 25
11. *Ibidem*, 7
12. *Ibidem*, 8
- 13 *Ibidem*
14. Fuchs, Rachel Ginnis, *Abandoned children: foundlings and child welfare in nineteenth-century France*. (Albany: State University of New York Press, 1984): 135-136.
15. *Ibidem*, 138 s.
16. Varela de Montes, José. *Ensayo de antropología ó sea Historia fisiológica del hombre*. (Madrid: Imprenta y Fundación de don Eusebio Aguado, 1844): 242-243.
17. Bretón de los Herreros, Manuel “La nodriza” *El Artista* (1. 2. 20 de agosto de 1848): 40-41.
18. Cárdenas y Rodríguez, José María de. “La despedida de la nodriza africana”. *El Artista* (1. 2. 20 de agosto de 1848): 174.
19. *Ibidem*, 174
20. Padrínes, José “La rival imaginaria”. *Cuba poética: Colección escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos*. Ed. José Fornaris y Joaquín Lorenzo Luaces. (La Habana: Imprenta de la viuda de Barcina, 1861): 234.
21. Padrínes, José “Carta XXIX. Al Lic. Don Domingo del Monte”. Domingo del Monte. *Centón Epistolario*. (Vol.2. La Habana. 2002): 40-42.
22. Manzano, Francisco. *Autobiografía del esclavo poeta y otros escritos*. Edición, introducción y notas de William Luis. (Frankfurt am Main: Vervuert, 2007):103.
23. Saco, José Antonio. *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*. (Vol. 2. Paris: Imprenta Kugelmann, 1875): 115.
24. *Ibidem*, 117.
25. Zenea, Juan Clemente. *Poesías completas*. (New York: Imprenta y Redacción del Mundo Nuevo, 1874): 49.
26. Brewer-García, Larissa. “Bodies, Texts, and Translators: Indigenous Breast Milk and the Jesuit Exclusion of Mestizos in Late Sixteenth-Century Peru” *Colonial Latin American Review* 21. 3 (2012): 372.
27. Cirilo Villaverde. *Cecilia Valdés o la loma del ángel*. Ed y prólogo. Olga Blondet Tudisco; Antonio Tudisco. (Vol. 2. Madrid: Anaya, 1971): 176.
28. *Ibidem*, 115.
29. Suárez y Romero, Anselmo. “Vigilancia de las madres.” *Colección de artículos*. (La Habana: Establecimiento Tipográfico La Antilla, 1859): 23.